pueblo en que vive; cada dia los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja ó las travesuras de un duende, ¿por qué, pues, no se les podria enseñar á conocer el encadenamiento de la historia de la religion, de suerte, que empezando desde la creacion del mundo, reuniesen en breve cuadro la caida del hombre, el diluvio universal, la vocacion de Abraham, la historia de Moises, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinacion por el desierto, la entrada en la tierra de promision, y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su orígen, los medios admirables de que Dios se valia para hacerle conducir á su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocacion del primer patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religion, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenia con la venida del Salvador, cómo se pasó de la ley antigua á la ley nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, y finalmente, todo cuanto se refiere á la debida inteligencia de los dogmas y de la moral de nuestra religion sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria; pero las recita sin saber lo que dice, y por consiguiente no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, seria menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen, como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oido contar ó los ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograria precaver el olvido, que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros y discípulos; lo que se entiende bien, difícilmente se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente sin comprender el sentido, es poco menos que imposible el retenerlo; ademas, que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras y vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto á la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la religion, puede estenderse á todos los objetos en que se instruya á los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria, debiera estenderse á los principios de buena crianza, á las reglas de aritmética, á las de leer y escribir; en una palabra, á todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse, no olvidando nunca lo que mas arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que esperimentan los niños en comprender muchas cosas á un tiempo; fuera preciso tener su-

mo cuidado en presentarles las cosas por partes, y con órden á propósito para ausiliar la inteligencia y la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la esactitud de las ideas, antes al contrario, de esta esactitud son compañeras naturales la sencillez y la claridad. Cuanto mas esacta es la idea que espresa un objeto, cuanto mas esacta es una palabra que espresa una idea, tanto mayor es la claridad de una y otra. La confusion lleva consigo la oscuridad; lo que está mal deslindado, jamas se presenta bien claro.

El entender, no solo las cosas, sino tambien la razon de ellas, se juzga comunmente tarea superior á la comprension de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razon de nada de lo que practican ó aprenden; bien que á decir verdad, esta errada costumbre tambien proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habria, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética, se procurase hacer comprender á los niños con observaciones claras y sencillas, la razon de la regla que practican? Semejante descuido, produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo á oscuras, y hace, ademas, que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; y no es raro ver muchachos que habian adelantado bastante en ella, y que sin embargo ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeracion sin hacerles notar las razones que esplican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado á practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir, sin esplicarles por qué los datos se colocan de esta ó aquella manera, por qué se hacen con ellos estas ó aquellas operaciones. De suerte, que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener esactamente todas las reglas, que es felicidad poco comun, no sabe á dónde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejercitó en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega á comprenderse, no solo su práctica, sino tambien la razon de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias que de éstos dimanan son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los acsiomas, que una vez se haya fijado la atencion sobre estos objetos, y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones á ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales; y si algu-

na vez se olvidan, basta una ligera reflecsion de quien las ha de emplear, para que se renueven desde luego.

Aclararemos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos á cada paso que un niño á quien se propone un problema de sumar ó restar en que los sumandos ó los términos de la sustraccion contengan un número desigual de guarismos, si no se la escribimos en el órden conveniente, se equivoca con mucha facilidad, colocando los guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hay la mayor confusion de ideas, ó mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha, que espresa las unidades, se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que espresa cantidades de un mismo órden. De suerte, que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos y el otro dos, haceis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, y las unidades debajo de las decenas; de manera que los guarismos de ambos formen columna, no á la derecha sino á la izquierda, y le preguntais si de aquel modo estaria bien asentada la regla, ú os responderá afirmativamente, ó al menos si no cae en este error advirtiéndole la simple inspeccion de la figura el trastorno de la colocacion, no acertará á señalar la razon de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por esperiencia la confusion que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicacion y division de los números denominados. No podia uno formarse idea de lo que venia á ser aquello de multiplicar varas, y piés, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aquella combinacion de cantidades tan disparatadas que nada tenian que ver entre sí, dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendia maquinalmente la regla, se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucederia así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, y del motivo porque se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que á cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida. Con el tiempo, la esperiencia va enseñando la razon de estas reglas, y así es que los que se ejercitan mucho en las mismas, al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groseramente aplicando á un caso la regla que corresponde á otro totalmente diverso. No obstante, no dejan de cometerse graves errores, y ademas, siempre hay el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa

un buen método, es muy fácil que los niños al salir de la escuela, no necesiten esperar mas para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusion no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oir á personas adultas que jamas han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan muy fácilmente, y que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados, ya no saben cómo salir del paso, y que tienen que valerse del ausilio de un amigo.

¿Y es, por ventura, que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: ocupaos en esplicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que espresan el numerador y el denominador, asentad los principios en que se funda la variacion que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun á las inteligencias mas medianas, el comprender la razon de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga, no es adelantar mucho de una vez, haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos dias, para que mil veces vuelva sobre ellas, y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo mas en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrian resultados mucho mas sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada á tiempo, produce mejores frutos, no solo porque le queda mas espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino tambien porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorvan la razon, y con el crecimiento del cuerpo, permanezca como adormecida y sepultada el alma.

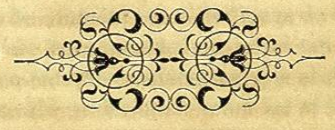
Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad escesiva, y que es menester en la educacion de la niñez recordar aquella mácsima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideracion, muy fundada y prudente, en nada se opone al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente, en que el niño encajonado como una pieza en un gran cuerpo sufre la compresion que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instruccion primaria, al paso que sirvan para comunicar á los

niños las nociones propias de su edad, sean tambien un semillero de ideas mas aventajadas y de órden superior, no precisamente porque estas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos á desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia mas formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

Pocas materias hay que ecsijan tan severa vigilancia de parte de las autoridades como la instruccion primaria. Conviene emplear todos los medios á propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de qué asegurados en sus destinos, no se entreguen á la indolencia perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideracion social, es tan modesta la gloria que acarrea, y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que á ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad ó de las comisiones que la representan, si no saben que á mas de las visitas ordinarias y de pura solemnidad, puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro y si procura realmente el adelanto de los discípulos, ó si solo trata de cubrir su responsabilidad con el menor trabajo posible. Lo mismo, y con mayor razon, aun se podria decir de México.

En España no faltan leyes, no faltan instituciones para todo: la desgracia está en que aquellas no se observan, y estas se quedan sin obrar, amortiguadas, adormecidas, sin producir ningun resultado hasta que su inutilidad las hace caer en desuso, y el desuso acarrea el olvido. Lástima causa que cuando en otros paises se ha llevado tan adelante el importantísimo ramo de la instruccion primaria, haya estado entre nosotros tan descuidada, sea tan reducido el número de las escuelas, y éstas disten mucho de llegar á la perfeccion en que las tienen otras naciones. Y no es que nos falten medios para obtener lo mismo que ellas han obtenido, sino que por efecto de un fatal concurso de circunstancias, y tambien por esa especie de pereza habitual que se ha hecho hereditaria, no hemos cuidado de mejorar los métodos, ni de informarnos siquiera de los adelantos de nuestros vecinos, y sobre todo, no hemos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponiamos para el efecto, si hubiésemos acertado á dar la competente direccion á fondos é ins-

tituciones que podian fecundar el pais haciendo su propio bien y asegurando su conservacion y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hácia un porvenir mas animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que ecsiste, y lo que conviene es esplotarlo en beneficio de la ilustracion, de la moralidad y del bienestar. Si el gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instruccion primaria, y las mejoras de las ecsistentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperacion en el pais, que se va convenciendo cada dia mas de que por una parte conviene salir de la agitacion revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las ecsigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demas naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, tambien deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religion y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros paises donde el aumento de la instruccion ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupcion y del crímen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que solo sirve para la perversidad del corazon. Preferimos la cándida sencillez hermoseada con la virtud á la instruccion prostituida al vicio.